

TODOS LOS DETECTIVES SE LLAMAN FLANAGAN

Capítulo 1: No juguéis a detectives

Un consejo: no juguéis a detectives. O lo sois o no lo sois, pero no juguéis a serlo, porque después pasa lo que pasa y cuando os queráis echar atrás descubriréis que es demasiado tarde. Miradme a mí: empecé realizando pequeñas investigaciones para conseguir algo de pasta para mis gastos y pagarme cuatro caprichos que mis padres no podían pagarme, husmeando aquí y allá en busca de perros perdidos o de autores de anónimas cartas de amor, y un buen día, cuando trataba de averiguar cómo era posible que Elías Gual, siendo tan corto como era, aprobara los exámenes como los aprobaba, *ñaca*, me veo envuelto en un asunto excesivo y peligroso de traficantes de drogas y de chantaje. Y eso no es nada, porque, cuando pensaba que ya había pasado la tormenta y que podía reemprender mi apacible rutina cotidiana, se me vino encima una riada de conflictos aún mucho peores.

Ejemplo de conflicto. Una mañana, apenas empezadas las vacaciones de Navidad, mi padre me había pillado para que le ayudara a sacar al callejón un montón de cajas de cerveza vacías que se nos habían acumulado en el sótano. Y estaba yo trajinando cajas arriba y abajo, cuando se me acerca por la derecha una morenita con pinta de gitanilla traviesa, cabellos negros y despeinados (¡cómo me gustan las chicas traviesas y despeinadas!), ojos aún más negros que el pelo, de mirada abrumadora de tan sincera, y boca risueña con dos incisivos de conejo de lo más graciosos. Una de esas chicas que te despiertan la necesidad de hacerte muy amigo suyo, de confiarle todas tus inquietudes y de convencerla de tus puntos de vista mientras hacéis manitas. Pues bien, se me acerca una chica así por la derecha y me dice:

—Flanagan: quiero hablar contigo.

Y, por la izquierda, entra en escena Charcheneguer, una montaña de diecisiete años, abusón profesional, repetidor perpetuo, que se pasaba horas y horas en un gimnasio, cultivando sus músculos con el mismo entusiasmo y las mismas intenciones con que otros cultivan plantas carnívoras. No hace falta decir que le llamábamos Charcheneguer en honor del actor Schwarzenegger, el que interpretaba a Conan, ¿recordáis?, y él lo consideraba un honor, pobrecito, incapaz de detectar la ironía ni siquiera cuando la tenía a un centímetro de la nariz. A fuerza de ejercitarlos, le habían

salido músculos hasta en las circunvalaciones del cerebro, en detrimento de las neuronas. Se acerca, pues, Charcheneguer por la izquierda y me dice:

—Flanagan: quiero hablar contigo.

Y me agarra de un brazo, me arrastra, me aleja de los cabellos, de los ojos, de la sonrisa de la morenita, me empuja entre dos pilas de cajas de cerveza aplastándome contra la pared, chafándome el pecho con una manaza tan grande que casi tenía que mirarle entre los dedos, y me suelta sin ninguna delicadeza:

—Esta mañana, Fede Gómez le ha partido la cara a Rebollo.

Se refería a dos compañeros del instituto. Y yo había oído hablar del incidente, sí. Me puse un poco nervioso.

—¿Y sabes por qué esta mañana Fede Gómez le ha partido la cara a Rebollo? — insistió Charcheneguer, un poco reiterativo.

Claro que lo sabía. De ahí que me estuviera poniendo nervioso.

—No lo sé —dije.

—Porque Rebollo se ha pasado todo el trimestre haciendo pintadas que decían que si Fede era o dejaba de ser.

Dejaba de ser. Lo que decían las pintadas era, sobre todo, lo que Fede dejaba de ser. Pintadas inmensas, impresas con una pintura verde que parecía tener luz propia, utilizando las paredes del instituto a modo de pantalla panorámica, que aseguraban que Fede no era tal cosa, o carecía de tal otra. A veces afirmaban que sí, que era tal cosa o tal otra, pero siempre se trataba de alusiones a defectos o carencias con las que Fede no estaba nada de acuerdo.

—¿Y sabes cómo se ha enterado Fede de que las pintadas eran cosa de Rebollo? —proseguía Charcheneguer su interrogatorio.

—No —balbuceé, buscando una escapatoria, ayuda, socorro, auxilio, milagros—. ¿Cómo se ha enterado?

Era una pregunta retórica, claro, puesto que yo conocía perfectamente la respuesta. Fede me había contratado para que averiguara quién era el autor de las pintadas difamatorias. Tengo que reconocer que había sido uno de mis mejores trabajos. Una filigrana. Antes de recurrir a mí, Fede y su banda de *heavies* se habían dedicado a registrar a todo el mundo, buscando el arma del crimen (el spray de pintura verde) en cuantas carteras, mochilas y bolsillos se les pusieron a mano. Como no encontraron ninguno, se me hizo evidente que el clandestino artista escondía el spray en algún lugar, inmediatamente después de utilizarlo y, por eliminación, calculando la ubicación de las

pintadas, los lugares donde Fede y los suyos habían instalado sus controles, y las posibles vías de escape, llegué a la conclusión de que el único escondite posible era la biblioteca. Efectivamente, allí encontré el spray, detrás de la obra completa de Miquel Obiols.

Lo que hice a continuación también fue digno de aplauso. Taponé el orificio del spray con silicona y perforé otro orificio casi invisible por el otro lado del pulsador. Después de esto, me limité a decirle a Fede que reconocería al gracioso porque aparecería con la cara manchada de pintura verde. Y así fue. Para sorpresa de todos, la tarde anterior Rebollo había aparecido corriendo por los pasillos del instituto con la cara verde, y los *heavies* de Fede Gómez se habían encargado de ponérsela de todos los demás colores del arco iris. Y todo eso, ¿gracias a quién?

—Tú se lo dijiste a Fede —me acusó Charcheneguer iluminando su rostro con una mueca de inteligencia que le daba un cierto aire de boxeador sonado.

Así era, gracias a un servidor. ¿Y qué podía querer ahora Charcheneguer, sino darme las gracias a bofetadas en nombre de su amigo?

—Bien, no ocurrió exactamente así —intenté defenderme.

—Ocurrió exactamente así.

—Bueno, si crees que lo sabes todo...

«Ahora me rompe la cara».

Entonces ocurrieron dos milagros mutuamente excluyentes. El segundo llegó un poco tarde, pero, de todas formas, lo considero un milagro.

Por un lado, resultó que Charcheneguer no quería romperme la cara. Dijo:

—¿Qué crees que te haría Rebollo si supiera que fuiste tú quien se chivó?

Rebollo se alegraría mucho de tener alguien con quien desahogarse un poquito. Le había visto después de la paliza, con una cara muy curiosa que le había quedado entre los morados y la pintura verde que se resistía al agua y al jabón. Pero las palabras de Charcheneguer significaban que Rebollo aún no lo sabía. Es decir, que el maldito gigante culturista quería hacerme chantaje, exigiéndome pasta o quién sabe qué (¡quién sabe qué!), a cambio de su silencio. Inconvenientes de ser detective, ya os lo he dicho. No hay que jugar a ser detective. O lo eres, o no lo eres. Y, si lo eres, tienes que apachugar con este tipo de inconvenientes.

El segundo milagro consistió en la aparición, en aquel preciso momento, de la morenita acompañada por mi padre:

—Me parece que este chico quiere pegar a su hijo.

—¿Quién? ¿Este? —exclamó mi padre agarrando a Charcheneguer por la nuca.

La intervención habría sido bien recibida en el caso de que la bestia estuviera tratando de hacerme tragar los dientes, pero en caso de chantaje procede actuar de otra manera. A los chantajistas hay que tratarlos bien, de momento, mientras tienen la sartén por el mango. Por eso reaccioné de aquel modo:

—¿Pero qué dices? —exclamé con toda mi inocencia—. ¡Suéltale, papá! ¡Si es Chema, un compañero del instituto...! Si somos amigos... Solo estábamos charlando...

Mi padre se quedó desconcertado, pero lo que peor me supo fue la expresión de profunda contrariedad de la gitanilla. Se le subieron los colores, como aquel que se da cuenta de que ha metido la pata y quiere que se le trague la tierra, y dijo, muy compungida: «Oh, perdonen; oh, yo creía», y salió corriendo. Me dije que jamás me perdonaría haberle dado aquel chasco.

—¡Pues venga, espabila! —exclamó confuso mi padre—. ¡Deja de charlar y sube las cajas que faltan, que el camión está al llegar!

De modo que proseguimos la conversación como buenos chicos, yo cargando cajas de cerveza desde el sótano hasta el callejón y Charcheneguer amorrado a una mediana que me gorreó.

—Está bien, ¿qué quieres de mí?

—Quiero ver a Sabrina en pelotas —me suelta.

Faltó poco para que se me escapara la caja de las manos. Tenía ganas de soltarla por las escaleras, de montar un cirio tan grande que vinieran los bomberos y todo. Claro está que no se refería a la artista que suele salir por la tele. Habría sido un encargo demasiado fácil. No hacía falta que me aclarara que me estaba hablando de la compañera del instituto Montse Bosch, también conocida como Sabrina en alusión a una cantante provista de razones de peso frontales para llamar la atención. Dos razones, y muy obvias.

Miré a Charcheneguer con improvisada suficiencia, decidido a ridiculizarle.

—Pero, hombre, Charche..., que ya eres mayorcito...

Se sintió ridículo. Muy violento.

—Qué —tartamudeó—. Qué. Eh. Qué pasa. La quiero ver, sí, la quiero ver, qué pasa... Para saber si todo lo que tiene es de verdad... Si es todo suyo... Por curiosidad...

—Interés puramente científico —le ayudé.

—¡Sí, interés científico, interés científico, qué pasa! —exclamó agarrándome por el chándal y zarandeándome hasta que los dientes me sonaron como castañuelas—. ¿Es que no crees que pueda sentir un interés científico por estas cosas?

Nunca hay que ridiculizar a un chantajista. Es peor.

—¡Está bien, está bien, está bien! —grité mientras soltaba la caja de cervezas, que por poco se cae por el hueco del sótano, provocando el cirio convocador de bomberos.

—¿Está bien? —preguntó la bestia, con la lengua fuera, ávido como un perrito hambriento que ve acercarse a su dueño con la comida—. ¿Está bien? ¿Está bien?

Pobrecillo, me había oído decir que estaba bien y claro, había llegado a la conclusión de que yo quería decir que estaba bien.

—¡No está bien, no está nada bien! —repliqué—. ¿A mí qué me cuentas, si quieres ver a Sabrina en bolas? ¡También me gustaría verla a mí, y...!

—¿Sí? Pues cuando lo consigas, dejaré que mires.

—Pero ¿estás loco? ¿Qué quieres que haga? Que vaya y le diga: «Oye, que hay uno que quiere verte en porretas, ¿serías tan amable de...?».

—Tú tienes muchos recursos, Flanagan... Sabes muchas cosas de todos los del cole...

Lógico. Aquel retrasado mental chantajista, cuya sonrisa empezaba a parecerme de libro de fauna, capítulo aves carroñeras, daba por supuesto que yo era de su misma pasta. Que sabía cosas de Sabrina y que no dudaría en extorsionarla para conseguir mis propósitos. Y yo me lo monto de detective, vale, y dispongo de mucha información sobre los compañeros del cole, es cierto, pero mi lema es «vive y deja vivir» y nunca he caído en la tentación del chantaje. Primero, porque hacerlo sería fatal para mi negocio y, segundo, porque nunca me ha gustado el tufillo que desprenden los que se aprovechan de las debilidades de los demás.

—¿Y por qué no vas a rondar por su casa, de noche, a ver si ves algo? —improvisé a la desesperada.

—Ya lo he hecho, pero desde el descampado que hay frente a su casa no se ve su dormitorio, sino la salita donde tienen el teléfono, donde se tira horas y horas charlando. —Charcheneguer consultó impaciente su reloj—. Ah, son las siete. Ah, se me olvidaba, tiene que ser esta misma noche, porque hoy es jueves y el jueves por la noche sus padres se van al cine. Estará sola.

—¿Y si me niego? —dije, más que nada por no quedarme callado.

—No pasa nada. Iré a ver a Rebollo y le diré...

Tocado y hundido.

Mi despacho está instalado en una confortable barraca que comparto con María Gual, una *techo* con aires de pija que se empeña en ser mi socia pero que siempre está ligando, cotilleando, buscando líos y haciendo cosas sin interés. Aquella tarde, no obstante, preferí irme a casa, al último rincón del sótano del bar de mis padres. No quería que María se enterara del lío en que me había metido. Podía ser desastroso. Le pedí ayuda a mi hermana Pili.

—Escucha, Pili... ¿Conoces a Montse Bosch?

—¿La Sabrina? Claro que la conozco.

—Es un poco aprensiva, ¿verdad?

—Más que eso. Es maniática. Hipocondríaca.

—Ya. Y se queda a comer en el instituto, ¿verdad?

—Sí. ¿A qué vienen estas preguntas?

—Es que tienes que ayudarme. Me he metido en un lío. Verás: esta mañana se ha presentado el Charche y...

Nos pasamos la tarde encerrados elaborando un plan, sin ver a nadie. Bueno, solo hice una excepción:

—Ha venido el Plasta —me anunció Pili, que disfruta tanto haciendo de secre como yo haciendo de sabueso—. ¿Le digo que estás reunido?

—No. Ya voy.

El Plasta estaba embobado, como siempre, ante el televisor del bar, ofreciéndoles su boca a todas las moscas que quisieran pasearse por su interior. A su lado, un poco retirada, vi a la morenita a la que tenía que agradecer el frustrado intento de ayuda de aquella mañana. Me dio la impresión de que iban juntos, y eso me sorprendió.

—¿Vienes a decirme que me lo rebajas? —dije yo.

—¡Ni hablar! —protestó el Plasta—. ¡Si venía a decirte que he decidido subírtelo!

—¿Te has vuelto loco? ¿Te crees que tengo una máquina de fabricar billetes en el sótano?

—¡Puedes pagar lo que te pido!

—¿Cómo? ¿Vendiendo mi hígado para un trasplante?

—¡No te hagas ahora el pobre! ¡Bien que cobras por tus casos!

La morenita nos miraba estupefacta, sin entender nada. Evidentemente, no acompañaba al Plasta, sino que estaba esperando turno para hablar conmigo. No obstante, nos escuchaba muy atentamente, como si pretendiera extraer de nuestra conversación datos que le pudieran resultar útiles. No podía entender que estábamos hablando de un teleobjetivo fotográfico con zoom 35-400 mm que el Plasta quería vender. Ahora, aquel tío, que parecía alelado, acababa de sufrir un ataque de avaricia y había subido el precio, y el regateo se alargaba en un incómodo tira y afloja.

—Mira, tío —razoné—. A lo mejor tú vas sobrado de pasta, pero yo no. Últimamente he hecho demasiados favores. Gente que me dice que no tiene pasta, que ya me pagará, y yo soy tan tonto como para no cobrarles y, como resultado, ahora estoy a cuatro velas...

Si le hubiera prestado más atención a la chica, habría notado que en aquel preciso momento de nuestra conversación su expresión cambiaba, entristeciéndose profundamente. Ella venía a decirme que no tenía dinero y que ya me pagaría.

—Pues peor para ti.

—No, no te preocupes, que no volveré a hacerlo... —me quejé—. Pero es que necesito el objetivo para mi cámara, Plasta. Sabes de sobra que necesito un tele...

Entonces sí, la morenita lo entendió. Dio media vuelta y echó a correr, saliendo del local como si huyera despavorida. Era la segunda vez que venía a verme y que desaparecía de mi vida sin que pudiésemos empezar a hablar.